

## PARA SER CRONISTA DEL INFIERNO

Federico Patán

Poco sé de Enrique González Rojo en cuanto a su vivir cotidiano. Que fue profesor universitario, que ha escrito poesía, que ha publicado ensayo, que por alguna razón le gusta vestir de traje e incluso, curiosísima costumbre, usar corbata. Ignoro cuál pueda ser su humor al levantarse, si lo hace con legañas en los ojos o mal sabor de boca o enfundado en algún pijama extravagante. ¿Qué desayuna? ¿Un poco de champaña mezclada con jugo de naranja? ¿Un fuerte y sacudidor café negro? Cuando escribe ¿lo hace vestido ya de traje? ¿Usará computadora o se atiene a la vieja fascinación de la pluma fuente? Lo ignoro. No me preocupa ignorarlo. Porque le conozco otros hábitos de mayor importancia. Por ejemplo, el de explorar la vida. Por ejemplo, el de hacerlo mediante la escritura de poemas.

No se me pida recordar cuando leí por vez primera la poesía de Enrique. Fue, eso sí, hace muchos años. Fue, eso sí, una lectura que me hizo decirme: este compañero hace las cosas bien. Y bien las sigue haciendo, si al libro de hoy me atengo: *El junco*. Permítanme explicarles por qué afirmo lo anterior. De base, muchos de nosotros, si no todos, nos creemos poetas. Algo hay de cierto en ello, pues de no serlo en algún grado nunca gozaríamos de la poesía. El problema está cuando de la lectura pasamos a la práctica y asestamos al mundo nuestros productos líricos. Amigos tengo de los que es necesario huir cuando aparecen con un papel en la mano. Porque escribir poesía, buena poesía, tiene sus secretos.

Por ejemplo, saber encontrar un tema que a todos nos pertenezca y, perteneciéndonos a todos, que a la vez establezca la individualidad de quien escribe. Enrique, por ejemplo, sabe de la íntima soledad humana, conoce los diversos y a menudo complicados caminos del amor, ha empezado a explorar el significado de la vejez y sigue enredado en las complicaciones de un diálogo con la divinidad, suponiendo que esta exista, aceptando que pueda existir, preguntándose si podremos eliminarla como idea rectora del universo. Son preocupaciones que a todos nos conciernen. Que a todos nos conciernen si no limitamos nuestra vida a recibir pasivamente el entorno. Que a todos nos conciernen si pensamos.

Pero un momento: ¿es obligación de los poetas eso del pensar? Aclaro, como ciudadanos de un país se les concede, al menos en teoría, el derecho a pensar. Pero eso de meter ideas en los poemas...No sé, tiene aires de oxímoron. Y sin embargo, no. Hago lista de mis lecturas y no recuerdo poeta que a la vez no sea un pensador. Leo este libro de Enrique y veo que no ha perdido su capacidad de lucubrar en torno a problemas serios. Como todo buen poeta, Enrique lo consigue sin renunciar a la poesía. Lo pensador no quita lo poeta. Pienso que lo cortés sería introducir algunas pruebas. Veamos entonces. En su poema "Harem de esperpentos" Enrique me asegura que *"la belleza/ se asfixia inexorablemente/ en su caricatura"*. Ocho palabras en un cierto orden y ¿qué encuentro? La finura misma de la imagen dada, esa caída de lo bello en la trampa del tiempo. Asfixia me dice que hay un no conformarse a lo patente, un llegar al ridículo en el afán de recobrar la apariencia antigua, una lamentable inconciencia de lo ocurrido. Cuando a un matrimonio lo describe como "vecindad de soledades", nada necesito fuera de esas tres

palabras para tener la imagen total de lo ocurrido con la pareja. Si de unos novios dice “la desnudez primera fue en los labios”, caigo en el asombro de que haya podido encontrarse una imagen tan certera de los principios amorosos de un hombre y una mujer. A la vez, encuentro en esas palabras, acaso me equivoque, un asomo de nostalgia y un mucho de ternura. Y ese “redactando las memorias de mi tacto” con qué facilidad expresa los agobios de la memoria y las presiones de la edad. Si Ezra Pound tenía razón, y sospecho que la tenía, al afirmar que la poesía es lenguaje cargado al máximo de significado, no hay dudas respecto al lenguaje que Enrique ha inventado para estos poemas.

Inventado, sí. ¿No es una de las tareas de la poesía inventar mediante el habla cotidiana? Hacemos ver con frescura lo rutinario. Enrique consigue esto mediante poemas largos, de varias páginas, que van desarrollando por etapas su significado. Uno de los más importantes, el que da título al libro, nos llega en nueve apartados. En el primero se establece la personalidad de la voz que habla, luego la separación de la pareja amorosa, luego una muerte y la primera interrogante respecto al responsable de los males humanos, luego se afirma que alguien tuvo el propósito de que los hechos se dieran, luego se hace enumeración de los desastres que caen sobre el ser humano. Aquí entra Dios, mencionado ya directamente. Sin disimulos se le atribuye todo lo que en el mundo se da, incluyendo el mal. Siguiendo etapa, el hombre simplemente tiene necesidad de Dios como explicación del mundo. Se explica así el ciclo de aceptaciones y rechazos de la divinidad que se ha dado a lo largo del tiempo. Luego se habla de la posibilidad de dejarlo solo y que sufra a su vez el desamparo en que lo ha sumido el hombre.

El poema es largo, el poema es narrativo y el poema está lleno de ideas. Pero insisto, no olvida su obligación primordial ser poesía. Dicho en palabras de Enrique, *“el júbilo indecible del poeta/ al dar en una metáfora/ con la fórmula algebraica/ de lo absoluto”*, cita donde se especifica, para el lector sagaz, la naturaleza misma de la poesía. Poemas escritos en verso libre, con la excepción de uno, “La torre de Babel”, expresado en endecasílabos. Poemas escritos en verso libre y en ritmos variados que se acomodan muy bien entre sí. Cito del poema “El junco”: *“un Dios venido a menos/ sordo,/ mudo,/, destartalado,/ con accesos de asfixia/ por ausencia de oxígeno,/ de fe,/ del templo construido en las entrañas.”* Gracias a estos cambios en las medidas de los versos, el poema se nos vuelve música. Música se nos vuelve gracias al ducho aprovechamiento de aliteraciones. Escuchen: *“Teniendo en la Tierra toda/ mi terruño...”* o acaso prefieran esto; *“ahora, cuando doy en mesarme/ mechones y mechones de tiempo”*. Nótese, además, el empleo de un lugar común -mechones de pelo- para crear una imagen precisa en torno de la vejez.

Enrique tiene otro don: el del buen humor. Requiere malicia el introducir buen humor en un poema sin destruirle su dramatismo. Enrique lo consigue muy bien. Tal vez la explicación está en que se trata de un humor amargo, de un humor en ocasiones próximo a lo negro, un humor que no olvida la conmiseración respecto a los personajes de que se habla. El poema dedicado a Don Juan es pródigo en estas conmiseraciones humorísticas y, a la vez, revela el duro significado que la vejez tiene. Veán ustedes que he venido describiendo la fórmula poética inventada por Enrique para sus textos. Esa fórmula se resume en algo muy simple y necesario en la literatura: crearse

una voz propia, una voz singularizada, de modo tal que al escuchar un fragmento de poesía -digamos, por el lado lírico, *“hermana de mis ojos,/ mis manos,/ mi sangre,/ perfume de la más entrañable de las flores creadas...”*- digamos: estoy escuchando a Enrique González Rojo, el subversivo.

Porque Enrique tiene un don que le aprecio mucho: cuestiona siempre y no parece conformarse nunca. Lo hace sin caer en lo panfletario. Lo consigue utilizando la forma del poema como una vía de individualización. Se opone a la desfiguración del hombre mediante las masificaciones por todos nosotros conocidas. Por tanto, se dedica a violentar fronteras. Si aquí se opone a la vida de colonia que nos vuelve invisibles, allá propone el incesto y más allá, lo dije ya, se pregunta qué valor tiene la divinidad. Leemos y quisiéramos no contaminamos de tales provocaciones. Es tan fácil vivir sin comprometerse. Pero la poesía de Enrique no cesa en su propósito y concluimos este bello libro compartiendo con el autor su don de protesta o, para concluir con otra cita, *“la idea fija de las manos/que conspiran, en pie de audacia, contra la satrapía/ de los límites”*.